

Rincón literario

El río de la vida

Editorial Muchnik 1993. Norman Maclean

Norman Maclean (1902-1990) nació en Iowa, Estados Unidos, y se crió, junto con su hermano Paul, en Missoula, Montana.

Hijo de un pastor de origen escocés, recibió una educación de rigor calvinista en una familia para la cual no había frontera entre el arte de la pesca con mosca y la religión, como tampoco la había entre el aprendizaje de las maravillas de la naturaleza y el de los sonetos de Shakeaspeare. Fue profesor de literatura inglesa en la Universidad de Chicago desde 1928.

Este libro es su primera obra de ficción, que comenzó una vez retirado de su actividad docente, a los 70 años, y tardó 3 en escribirlo. Y nadie empieza a escribir a esa edad para jugar con las palabras «Sabía que era demasiado tarde para desarrollarme como escritor, que todo lo que podía esperar era escribir muy bien unas pocas cosas», comentó Maclean cuando *El río de la vida* ya había alcanzado la dimensión de un clásico contemporáneo. Maclean se ha definido como un ensamblador de trozos del discurso popular: «Cada pequeña cosa cuenta. La tomas como llega, con adjetivos y adverbios, y después la despojas de las sobras. Si tienes que usar un adjetivo, es mejor que sea un adjetivo de sesenta y cuatro dólares».

El libro de la vida fue llevada al cine por el actor-director Robert Redford en 1993.

Aunque el Río de la vida es un relato autobiográfico que gira alrededor de la pesca con mosca tiene interesantes pasajes dedicados a los trabajos forestales.

Trataré de no ponerme muy técnico en el tema de los trabajos forestales, pero tengo que dar una idea sobre la realidad diurna, y alguna noción de lo que ocurría en el bosque mientras yo procuraba sobrevivir. El ritmo de Jim estaba organizado para liquidarme; también lo liquidaría él, al fin, pero primero a mí. O sea que el problema, para mencionarlo en términos generales, consistía en cómo apartarlo de su ritmo sin dejarme pillar mientras lo hacía, porque después de trabajar una semana con este Jack Dempsey al otro extremo de la sierra, sabía que jamás tendría ni una sola oportunidad si él me daba un puñetazo. Sin embargo, habría recibido un golpe antes que pedirle que fuese más despacio con la sierra. Uno no es un talador si no actúa así. El mundo de los bosques y del trabajo duro constaba de tres cosas -trabajo, peleas y mujeres- y un leñador cabal tenía que ser bueno en todas ellas. Pero si las cosas se presentaban mal, podía dejar de ser leñador y quedarse sin trabajo. Si alguna vez hubiese pedido un respiro con la sierra, podía también haber preparado mi mochila y haberme marchado carretera abajo.

O sea que traté de sacar a Jim de su ritmo aun antes de empezar un corte. A menudo, antes de empezar a aserrar, los aserradores tienen que hacer una «limpieza», lo que significa empuñar el hacha y cortar arbustos o pimpollos de pino que molestarían durante el trabajo. Supongo que por mi propia naturaleza yo limpiaba mucho más que Jim y empecé a limpiar todo lo que me atrevía a limpiar; eso lo puso fuera de sí, sobre

todo porque ya me había soltado unos cuantos gritos al comienzo de la temporada, cuando todavía nos hablábamos.

-Jesús -me había dicho-, tú no eres un ajustado. Cuando un tipo no está aserrando, no está ganando pasta. Aquí nadie te paga por podar un jardín.

Jim se acercaba al corte y, si había un pimpollo de pino de por medio, lo doblaba y lo mantenía aplastado con el pie, mientras aserraba y se llenaba de arañazos de zarzamoras. No le importaba un comino si las matas le trababan la sierra: simplemente empujaba con más fuerza.

En cuanto a la cosa en sí, aserrar es estupendo cuando se está trabajando rítmicamente y en equipo; a veces te olvidas de lo que estás haciendo, te pierdes en abstracciones de movimiento y fuerza. Pero cuando no se asierra rítmicamente, incluso por un momento breve, se convierte en una especie de enfermedad mental, y tal vez en algo más profundamente perturbador. Es como si el corazón no trabajase bien. Jim, por supuesto, nos había arrancado del ritmo básico cuando empezó a tirarme al suelo con la sierra, haciendo movimientos demasiado veloces y demasiado amplios, incluso para él mismo. La mayor parte del tiempo yo seguía su impulso: tenía que hacerlo, pero había momentos en que no empujaba la sierra hacia mí a la misma velocidad o con igual recorrido que él a tirar hacia sí. Sólo me quedaba un poco por detrás del ritmo, no de una forma tan evidente que pudiese chillar, pero aun así le hacía saber lo que estaba haciendo. Para asegurarme de que se enterase, de pronto volvía a responder a su ritmo.

Mencionaré sólo una picardía más que inventé con la esperanza de debilitar a Jim mediante frecuentes descargas de adrenalina. Los aserradores observan en el trabajo varios normas menores, y aun así casi sacras, con el fin de funcionar como un equipo; de cuando en cuando, yo me ponía en situación de romper una

de esas reglas, pero no del todo. Por ejemplo, si estás cortando un árbol talado y el corte se comprime y aprieta la sierra, y necesitas unas cuñas para abrir el corte y liberar la sierra, y resulta que la cuña está del lado de Jim, no se supone que tengas que pasar por encima del tronco, recoger la cuña y hacer el trabajo. Entre los aserradores no se pierde tiempo en cumplidos; lo que está de tu lado te toca a ti: ésa es la norma. Pero de

cuando en cuando me estiraba hacia su cuña, y cuando nuestras narices estaban a punto de chocar, nos paralizábamos y echábamos una mirada fija. Era como un primer plano en una cinta antigua. Al final, yo tendía la mano hacia cualquier otra cosa menos la cuña, como si de todas las cosas jamás hubiese pensado en la cuña y, pueden ustedes estar seguros de que, aunque pensaba agarrarla, jamás llegué antes ni la toqué.